



IV.

JORNADA DEL BRASIL.

1624-1625.

Fórmase en Holanda la Compañía de las Indias Occidentales.—Sus propósitos.—Armamentos.—Se apoderan de la ciudad de San Salvador en el Brasil.—Van sus naves á la costa de África y á las Antillas.—Fundan colonia al Norte de Virginia.—Sale de España armada al mando de D. Fadrique de Toledo.—Sitia y recupera la plaza de San Salvador.—Escaramuza con otra escuadra holandesa.—Dividese ésta.—Ataca una parte al castillo de la Mina en Guinea y sufre derrota.—Otra parte entra en Puerto Rico, y es también derrotada.—Viaje de regreso de D. Fadrique.



A prosperidad de la Compañía oriental de la India había estimulado á muchos de los mercaderes de las provincias unidas de los Países Bajos á procurarse parecidos beneficios instituyendo otra nueva que, favorecida y auxiliada al igual por el Gobierno, pusiera las miras en el opuesto hemisferio. Discurrían que, por grandes que fueran los recursos de la nación española, siendo grande no menos la extensión de su dominio, no podría cubrir las partes vulnerables, muchas en las colonias lejanas de América, sin consolidación todavía, poco pobladas, mal defendidas, sin ligazón entre sí, conteniendo elementos contrarios á la dominación, desde el momento en que, acabadas las treguas, un ataque simultáneo bien dirigido hiciera necesaria la diseminación de las fuerzas navales con que contaba.

El ataque á las mencionadas colonias con la mira de ir ce-



gando las fuentes de donde sacaba el Rey católico el caudal de su hacienda, presentaba la doble ventaja de ocupar su atención alejándola de las riberas de Holanda y Zelanda, que se verían libres del temor de la ruina y en disposición de poner en la mar toda su gente activa empleada en rigurosa ofensiva.

Presumían estos calculadores que el régimen especial con que se gobernaban las posesiones, de antiguo pertenecientes á la corona de Portugal, favorecería al plan de irse instalando en ellas y sustituyendo poco á poco á los conquistadores, como se hacía en Oriente, empezando por el Brasil, territorio inmenso, donde no tenían los colonos más de dos plazas mal abastecidas, como si para guardarlas bastara la quieta vecindad de las indias. En el interregno de la tregua, muchas naves holandesas habían visitado los puertos, carenado en ellos, examinado sus condiciones y advertido que en el seno de la población portuguesa se abrigaba un número crecido de cristianos nuevos, ó sea judíos con disfraz, tan relacionados en Amsterdam como en Lisboa; quizá por interés con lazos más estrechos en la primera de estas capitales, y por ende elemento de fácil atracción, que había proporcionado ya algo de lo más importante en la guerra, informaciones, estadística, itinerarios, á reserva de dar pilotos y adalides.

Ocupado que fuera alguno de los puertos del Brasil, embarazado por allá el rey de España, divertido por el mar del Sur, hostigándole en el de las Antillas sin dejar de perturbarle en Filipinas, creían que no tardaría en verse al cabo imposibilitada para tanto la monarquía católica, y afirmándolo, inclinaron al conde Mauricio á instituir, como deseaban, la Compañía de las Indias Occidentales.

Comienzo de su existencia fué la expedición del mar Pacífico confiada al almirante L'Hermite; en pos marchó la de importancia: una de 35 naves que regía Jacobo Willekens, llevando por vicealmirante á Pedro Heyn, y por general del cuerpo de infantería de 3.000 hombres á Juan van Dort, soldado veterano de las guerras de Flandes. Hiciéronse á la mar



al empezar el año 1624, con pliegos de instrucciones que no debían abrir hasta hallarse en fondeadero de las islas de Cabo Verde, donde se reunieron, habiendo corrido temporal que los dispersó desde el canal, y volvieron á separarse luego involuntariamente, pero sabiendo ya ser su destino la Bahía de Todos los Santos y ciudad de San Salvador, capital del Brasil, ciudad de bastante vecindario, residencia del Gobierno general, Audiencia, Obispo y comerciantes con la metrópoli.

Dos fuertes nombrados San Antonio y San Felipe la defendían por la mar á Levante y Poniente; y recibiendo el gobernador Diego de Mendoza Hurtado aviso cierto de lo que amagaba, empezó la construcción de una tercera fortaleza con seis piezas en sitio conveniente de la playa, al tiempo mismo que cerraba las bocacalles con barricadas, y por la parte de tierra establecía reparos. De los ingenios y estancias recogió la gente; unos 3.000 hombres entre campesinos y negros que de muy mala gana tomaron las armas, dando á conocer su descontento desde el primer día.

Pocos pasaron antes de ver entrar por la bahía empavesadas las naves enemigas, formando dos escuadras; una que directamente fué á la playa de San Antonio, á distancia del fuerte; la segunda que fondeó frente á la ciudad, abriendo el fuego desde luego contra los castillos y los buques mercantes.

Era el 8 de Mayo ¹. El mismo día con su noche se apoderó Heyn del fuerte nuevo y navios del puerto, mientras, desembarcando por San Antonio 1.000 hombres con dos piezas de campaña, caminaban á espaldas de la ciudad, y no fué necesario más para que, huyendo atropelladamente, se salieran al campo los que la guarnecían, abandonando vergonzosamente al Gobernador, que con unos 60 hizo frente por honra de las armas, quedando prisionero.

Los holandeses saquearon las casas y los templos; cargaron el botín en cuatro naos, abarrotándolas con los géneros

¹ Término medio de tres relaciones que señalan los días 7, 8 y 9.



almacenados, azúcar, tabaco, cueros y palo brasil, y las despacharon en seguida para su país, adelantando en navío ligero la nueva de la conquista y petición urgente de refuerzos con que asegurarla ¹.

Sin perder tiempo procedieron á mejorar la fortificación, principalmente por la parte de tierra, trazando el recinto, abriendo foso y erigiendo baluartes con brazos de negros que acudieron al llamamiento, pregonado bando en que se ofrecía, á cuantos quisieran avecindarse, hacienda, casa y libertad de religión. Acudieron también en masa los hebreos, confirmando la sospecha de su infidelidad; mas con este aumento á los 2.500 hombres de guarnición, con que se instaló el general van Dort, hubo de verse en estado de sitio dentro del recinto que estableció, porque los del campo, organizados por el obispo D. Marcos Texeira, en tanto llegó otro capitán, molestaron en guerrillas y emboscadas á cuantos salían de la cerca á procurarse ganado ó frutas de la tierra, teniendo á la plaza en incesante alarma. El propio Dort fué muerto en una de las salidas con que intentó alejar á los bloqueadores.

La mar les proporcionaba recursos mientras no se extendió la noticia de la ocupación, por entrar en la bahía naves de Portugal portadoras de mantenimientos, ó del río de la Plata en la ordinaria comunicación. En una de éstas aprendieron á D. Francisco Sarmiento de Sotomayor en viaje á España con su casa y hacienda, habiendo cesado en el gobierno del Potosí.

No estuvieron ociosas al ancla las de la escuadra de Willekens, reforzadas con las de Shapenham al volver del Pacífico: una parte destacó con Peter Heyn á las Antillas á hacer el daño posible y cargar sal. De vuelta á Holanda dejó fundado al Norte de Virginia la primera colonia americana, con nombre de Nuevo Amsterdam ².

Otra división despachó á la costa de Africa pensando en la necesidad que de trabajadores negros tendrían al extenderse

¹ Le Clerc, *Histoire des Provinces-Unies*, expresa que tomaron prodigiosa cantidad de oro.

² Le Clerc.



por el Brasil, y ésta se llegó á Loanda en ocasión de estar desguarnecida la ciudad; apresó cinco naos en el puerto y escaramuzó sin más efecto, por reconocer en Angola buscando lugar á propósito para un fuerte. El tercer grupo tentó los puertos portugueses del Brasil, Pernambuco, Río Janeiro, Marañón, empleando casi un año en reconocimientos, desembarcos y avances al interior antes de regresar á su país.

En España se supo la ocurrencia de San Salvador por el mes de Julio, llegando á poco avisos del alborozo con que se celebraba en los Países Bajos y del efecto producido en el resto de Europa hostil á nuestra preponderancia, por el que se decidió acudir á un remedio pronto, dejando de mano los proyectos de otras operaciones. Mandóse apresto rápido de armadas en Cádiz y en Lisboa, no siendo menester que á esta capital afectada de la novedad se hiciera instancia. Nobles, prelados, hidalgos, mercaderes, cuantos algo tenían, acudieron espontáneamente con ofrecimiento de caudal ó servicios para la necesidad, facilitando mucho la acción de las autoridades. Primeramente se alistaron por separado con armas, municiones y alguna gente, que más que otra cosa llevaran fuerza moral, dos navíos á Pernambuco, tres á Bahía, uno á Río Janeiro y otro á Angola, en tanto que avanzaba el armamento de fuerte y lucida escuadra, compuesta de 22 naves con 4.000 hombres de mar y guerra, siendo su general don Manuel de Meneses ¹.

En Cádiz se unieron la escuadra del mar Océano; la del Estrecho, del mando de D. Juan Fajardo; la de Vizcaya, de Martín de Vallecilla; la de Cuatro Villas, de Francisco de Acevedo, y la que formó el Duque de Osuna, que seguía llamándose de Nápoles, con su antiguo general Francisco de Ribera. Con la de Portugal componían un total de 52 navios con 1.185 piezas de artillería y 12.566 hombres. Tres de las capitanas eran de á 60 cañones; una de 55; dos de 40; las de-

¹ *Relación de los navios, gente de mar y guerra, provisión de mantenimientos y provisiones con que fué proveida la armada que se aprestó para restauración de la Baya, de que es capitán general D. Manuel de Meneses, que partió en 22 de Noviembre de 1624.* Ms. Academia de la Historia, Colección Salazar, B. 4, fol. 239.



más naves de 12 á 30. Era capitán general de mar y tierra D. Fadrique de Toledo, y maestre de campo general D. Pedro Rodríguez de Santisteban, marqués de Cropani ¹.

Estuvo la de Lisboa en disposición de dar la vela, como lo hizo, el 1.º de Diciembre, y el 5 levó la de Cádiz, acreditando actividad poco usual en las expediciones de nuestros puertos; pero al salir se declaró temporal adverso que hubiera causado averías, por lo que volvieron á amarrarse los navíos, esperando pacientemente cuarenta días el cambio, los mismos en que estuvo detenida la escuadra de Portugal en las islas de Cabo Verde.

Juntas allí el 4 de Febrero de 1625, á excepción de la nao portuguesa *Concepción*, perdida en los bajos de la isla de Mayo, ahogándose 140 hombres, celebró D. Fadrique de Toledo consejo de guerra y dió instrucciones generales para navegación y combate ², emprendiendo aquélla con alegría y buen ánimo, reinantes durante el viaje, á pesar de ponerlos á prueba las calmas y turbonadas naturales en las inmediaciones de la línea equinoccial y las enfermedades consi-

¹ Detalle de los navíos con sus nombres, artillería, tripulación, capitanes, compañías embarcadas, aventureros, maestros de campo, tercios de portugueses, españoles é italianos, se halla en el *Compendio historial de la jornada del Brasil y sucesos della, donde se da cuenta de cómo ganó el rebelde holandés la ciudad del Salvador y Bahía de Todos Santos, y de su restauración por las armas de España, cuyo general fué D. Fadrique de Toledo Osorio, Marqués de Villanueva de Valdueza, capitán general de la Real armada de el mar Océano y de la gente de guerra de el reino de Portugal en el año de 1625, por D. Juan de Valencia y Guzmán, natural de Salamanca, que fué sirviendo á S. M. en ella de soldado particular, y se halló en todo lo que pasó. Publicado por primera vez en 1870 en la Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. LV. Don Gonzalo de Céspedes y Meneses trató con bastante extensión de estos sucesos en su historia citada de Felipe IV; particularmente están referidos en el libro que dió á la estampa en Madrid, año 1628, en 4.º, D. Tomás Tamayo de Vargas, con título de *Restauración de la ciudad del Salvador y Bahía de Todos Santos*, escrita de orden del Rey, y en el *Escrito histórico de la insigne y valiente jornada del Brasil que se hizo en España el año de 1625, por don Jacinto de Aguilar y Prado*. Relaciones sueltas impresas he visto diez, cuyos títulos pongo en el apéndice, y algunas más manuscritas que probablemente conoció D. Antonio Correa, autor de la comedia titulada *Pérdida y recuperación de la Bahía de Todos Santos*. En Portugal redactó Brito Freire *Compendio histórico de la jornada del Brasil*, conforme en lo esencial con los dichos, como lo es la *Histoire du Brésil*, por Beauchamp. París, 1815.*

² Insertas en el libro de Valencia, pág. 125.



guientes, que produjeron no pocas bajas ¹. Mas siendo máxima cierta la de no haber mal que dure cien años, el 29 de Marzo, víspera de la Pascua de Resurrección, á los setenta y cuatro días de travesía, surgió la armada entera en la boca de Bahía, adonde una carabela portuguesa se llegó desde el interior, proporcionando á D. Fadrique noticias de la posición y fuerza del enemigo.

Por la tarde embocaron los navíos, formando media luna, con extensión bastante para no consentir escape á cualquiera de los que había dentro, si lo intentaran, que no fué así por creer los holandeses, hasta el momento en que de cerca distinguieron las banderas y flámulas, que eran aquellas velas las que por momentos esperaban con refuerzo de su país.

Sirva una vez más su desengaño de probanza en los innumerables accidentes á que la guerra está sujeta, de lo que la prontitud los influye. Habían, efectivamente, dispuesto en Holanda naves y soldados con su actividad acostumbrada, echándolos á la mar sin consideración al temporal que en la estrechura de la Mancha los maltrató, desaparejando á los más. Arribaron unos á los puertos de Inglaterra y otros á los suyos, tardando un mes en reparar las averías. Puestos de nuevo á la vela, sufrieron la borrasca del Sudoeste, que había detenido en Cádiz á D. Fadrique, con nuevos descabros, dispersión completa y arribada segunda donde pudo cada cual. Quince de estos navíos habían llegado á abrigarse en Cabo Gher, costa de Berbería, donde por su desgracia los avistó el general Marqués de Villarreal, duque de Camiñas, gobernador general de Ceuta, que con escuadra superior andaba reforzando los presidios, y atacándolos de improviso al

¹ Juzgo de interés las reflexiones del soldado escritor en tales momentos. «Considera el advertido lector, dice, haciendo un cuerpo quién hace estos viajes y para estos trabajos, los sobresaltos, aflicciones y desdichas que pasará, pues aun los que tienen algunas comodidades padecen con intención, de donde me desengaño que los soldados de las armadas del Rey nuestro señor es acertado tengan remuneración de sus servicios en ellas, en consideración de lo referido y de otras infinitas cosas, porque la piscina y habitación de las embarcaciones, trato é incomodidad, y persecuciones de tan diversos animales y sabandijas, es cosa asquerosa é insufrible, y esto siendo imposible remediarlo, y pobre del que coge debajo de escotilla.» Página 142.



ancla, rindió dos, poniendo en huida á los demás. Los alcanzó luego, cañoneándolos en la mar y apresando otros dos, con cuya merma marcharon hacia el Sur dispersos ¹.

Debido á estas varias circunstancias tomó la delantera D. Fadrique y dió á la campaña sesgo distinto del que tuviera llegando detrás, pues ello fué que, fondeando su armada en la disposición dicha, no pudieron salir las 18 naves conservadas en amparo de la ciudad de San Salvador; antes se vieron obligadas á arrimarse á tierra, buscando el abrigo de los cañones de los fuertes.

Al amanecer el domingo de Pascua saltaron en tierra 4.000 infantes, llevando cuatro días de ración en los sacos, y tomaron posición en las alturas dominantes; reconocieron el campo, agruparon las guerrillas de los naturales portugueses, que por gastadores fueron llevando indios y negros, haciendo falta todo, con sitio en regla para expugnar la plaza, muy otra de la que ellos entraron sin resistencia. Hubo que abrir trincheras, establecer baterías de artillería gruesa é ir las mejorando con las peripecias de los cercos, contando las salidas de la guarnición, en una de las cuales, bien reñida, nos causaron sensible pérdida del maestro de campo D. Pedro Osorio, seis capitanes y 65 soldados muertos; otros nueve capitanes, con 55 soldados heridos. A ser menor la oposición hubiera sido más el daño.

También ensayaron el recurso de navíos de fuego, tan en boga por entonces. Una noche oscura, á favor de viento y marea, lanzaron dos á toda vela, suponiendo que los bloqueadores creerían que iban á escapar y los abordarian, dado que ellos no se enredaran con las capitanas de Portugal y del Estrecho, á las que iban encaminados. Un tiro de fortuna, disparado en la nao de Roque Centeno, hizo estallar la máquina del delantero antes de tiempo, visto lo cual acudieron las lanchas cañoneras á desatracarlos con diligencia y oportunidad, pasando el uno tan próximo á la almiranta del Estrecho, que algunos de sus marineros salieron chamuscados, único daño que causaron.

¹ Relación impresa.— Colección Navarrete, t. XII, núm. 34.



Adelantadas las trincheras hasta el foso, temieron los sitiados las consecuencias del asalto y parlamentaron pidiendo suspensión de armas con rehenes, á fin de proponer la rendición condicional. Trataban de ganar tiempo ó ventajas, viniendo en conclusión á conformarse con entregar la ciudad, artillería y otras armas, municiones, bastimentos, navios, caudales, esclavos negros. El jefe, capitanes y oficiales saldrían con sus cajas de ropa y espadas; los soldados con mochilas; recibirían pasaporte, embarcaciones y raciones, dando palabra de no tomar armas ni cometer hostilidad hasta llegar á su país; se les entregarían además los prisioneros hechos. Bajo esta capitulación, firmada el 30 de Abril, abrieron las puertas, justamente á los treinta días de sitio, saliendo de la plaza 1.912 hombres holandeses, ingleses, alemanes y algún francés; buena gente de guerra. Entregaron 18 banderas, 260 piezas de artillería, 500 quitales de pólvora, 600 negros esclavos, 7.200 marcos de plata, y mercancías varias por valor de 300.000 ducados, aunque se dijera que ascendían á mucho más. De las naos no se cobraron más que seis, contada la capitana; el resto había sido echado á fondo por la artillería de las nuestras.

Don Fadrique se captó la voluntad de los prisioneros por la cortesía y buen tratamiento que les hizo: todos lo elogiaban, singularizándose uno de los pastores calvinistas nombrado Henoc Estartenius en la relación de los sucesos escrita en latín ¹, y razón tenían, pues ordenó al Auditor

¹ Inserta en el libro de Juan de Valencia, pág. 171. «Bien nos sucedió, decía, que caímos en las manos del excelentísimo príncipe D. Fadrique de Toledo, á quien verdaderamente se debe mucho loor por muchas virtudes que en él hay, y principalmente por la singular en aquella edad, prudencia y clemencia hasta con el enemigo vencido, en la cual se aventaja á todos los pasados; porque él ha sido el primero de su familia que durante nuestras guerras fué benemérito de los holandeses. Si algún día tengo tiempo de tejer esta tela urdida, no carecerá este ilustre capitán de su elogio, aunque sea digno de Homero que celebre sus loores, y desde ahora tengo por ruego y oración que le alargue Dios deseada vida.»—Céspedes consigna (fol. 242 vto.) haber sido tan de notar la gran moderación usada en la victoria, que no tan sólo allí sujetos, mas cuando libres en Holanda, encarecieron su alabanza, de manera que los ministros les impusieron silencio, á fin de mantener en la credulidad del pueblo la idea de las imaginadas atrocidades de los españoles con que se sustentaba su aversión. Oficialmente consta que tres capitanes holandeses entra-



sobreseimiento de todas las causas, sin exceptuar más que las de los hebreos convencidos del delito de lesa patria.

Se ocupó nuestra gente á la vez en el reparo de las fortificaciones y carena de las naos, transcurriendo pocos días después de la rendición de la plaza en el ejercicio. Por dos conductos llegaron al General noticias de aproximarse la armada holandesa; trájolas una carabela de las islas Canarias, desde las que se vieron pasar á distancia muchas velas, confirmandolas un patache destacado por el enemigo, en la creencia de que la ciudad mantuviera su bandera; patache que los españoles apresaron. De los prisioneros obtuvo don Fadrique información de naves, gente y días de viaje, pudiendo calcular aproximadamente los que le quedaban antes de que recalara la armada á Bahía.

El Consejo, que al instante reunió, sometió á su deliberación dos puntos: salir á la mar al encuentro del adversario, ó esperar su llegada, para pelear y seguirle; optó por el segundo, en razón á que los navíos no habían concluído la carena; pero teniendo en cuenta el embarazo y cuidado de tantos prisioneros y el bastimento con que habían de hacer el viaje de regreso á España, opinaban los más aceptar el combate dentro de la bahía, sin perseguir después á los que huyeran, porque en el caso de hacerlo á sotavento, habiendo de remontar al fin, era presumible que llegaran á faltar los víveres.

Como preparación se embarcaron los referidos prisioneros en cinco urcas alemanas, fondeándolas bajo la artillería de los castillos, y se aceleró la recorrida de los navíos prorrogando las obras de importancia en buena hora, que el 22 de Mayo asomaron á la boca de la bahía 34 velas gruesas en dos columnas, acercándose en disposición que daba á entender su idea de hacerlo en puerto propio.

Mandó D. Fadrique salir á seis de las naves para ponerse á

ron entonces á servir en la Armada, conservándose asimismo la cédula en que el Rey dió gracias al general por el tratamiento de los rendidos, manifestándole haber producido excelente efecto en Holanda. *Colección Navarrete*, t. xxxviii.—Correspondencia de D. Fadrique de Toledo.



barlovento y retroceder oportunamente, tomando al enemigo entre dos fuegos; mas éste conoció por el movimiento que llegaba tarde y tomó la vuelta de la mar, abandonando las lanchas que traía á remolque. Toda nuestra armada dió velas entonces, bordeando dentro de la bahía en peligro manifiesto con la varada del galeón *Santa Teresa*, uno de los mayores: algunos de vanguardia llegaron á ponerse á tiro y á escaramuzar, mientras los holandeses no transpusieron el morro de San Pablo, haciendo evidente, con volver al fondeadero, que, no queriendo aquéllos combatir, complacian su propio deseo.

Las razones aducidas en el Consejo de generales para no seguir á una escuadra trabajada en tormentoso y largo viaje, que debía tener y tenía realmente muchos enfermos; que rehuía batalla sin puerto ni reparo próximo; la limitación ó escasez de raciones *y de agua*, alegada en las relaciones, no convencen. Tienen muchos puntos de semejanza con los que expusieron los jefes de la jornada de Túnez ante el Emperador para no acosar á Barbarroja después de la victoria, ni continuarla aprovechando el inmenso armamento de que disponian y el favor de las circunstancias, acometiendo de seguida á Argel. Acusan con la repetición, defecto militar necesitado de corrigenda, ya proceda de condiciones en el carácter nacional, que se satisface con lo más ó con lo de momento, ya de falta de perseverancia, sin la que no se aplican los costosos elementos de las armadas á lo que pueden dar de sí, ni se consiguen nunca triunfos definitivos. Algo de esto debió notarse en la corte, pues que hubo officiosos defensores del proceder de D. Fadrique, muy elogiado, muy encarecido en general ¹, aun después que pudo compararse con la iniciativa, el tesón, la conciencia del valer de las na-

¹ «Aunque no fuera tan grande el detrimento en que quedarán imperfectas todas las cosas del Brasil con enemigo tan entero, era imposible el ir á él (según se hallaba nuestra armada falta del agua y bastimentos), menos que en riesgo de perderse. Pues no tan sólo en alargándose, los mismos vientos generales se le opondrían á la vuelta, mas la forzarán á correr para las Indias de Castilla y á morir de hambre en su jornada. Y esta fué hoy la causa urgente del no seguirle, y no la que la liviandad de algunas plumas filosofaron en sus casas.» Céspedes, fol. 243 vto.



ves, que demostraron los almirantes holandeses, luchando con la mala fortuna en esta campaña ¹.

Desde Bahía se encaminaron á Pernambuco; necesitaban urgentemente refrescos con que acudir á los estragos del escorbuto en las tripulaciones. Encontrando el puerto defendido, siguieron á la bahía nombrada de la Traición, donde hicieron desembarco y procuraron atrincherarse por el tiempo preciso para tomar ganado y vegetales. Acudieron muy pronto destacamentos de Pernambuco y Parayva á inquietarlos con emboscadas y rebatos, causándoles bastantes bajas, y como á poco se avistaran naves de la escuadra de Vallecilla, enviadas por D. Fadrique, se hicieron á la mar para volver á su país, según los nuestros entendieron, con pérdida de cuatro buques y muchos muertos de la enfermedad.

Uno de aquéllos, la urca *Puerto Cristiano*, costó á la escuadra española el reconocimiento de Pernambuco, si bien se salvó, á más de la gente, la artillería y pertrechos. Esta urca y otras tres llegaban de España con vitualla y habilitación de lo más necesario á la armada, que fué preparándose para la navegación de regreso, concluida la fortificación de San Salvador y organizada su guarnición con compañías de soldados portugueses. Dos naves quedaron en el puerto con orden de encaminarse á la isla de Santa Elena, donde una de la India oriental había naufragado, saliendo ó tierra la tripulación con parte de la carga de especiería; las otras emprendieron el viaje, teniendo instrucción de no acercarse á las islas Terceras, donde fuerza superior enemiga rondaba, ni recalar al cabo de San Vicente; y á pocos días de camino, mediado el mes de Agosto, se dividieron, experimentando tiempos borrascosos. Don Fadrique con el grueso, llevando de conserva las urcas en que iban los ho-

¹ Al verificarse la almoneda de efectos del Duque de Osuna en Madrid, en Abril de 1896, apareció entre los cuadros de venta uno pintado en lienzo, de 0,67 metros por 1,55, sin firma, con esta inscripción: «Sitio y empresa de la ciudad del Salvador en la Bahía de Todos Santos, por D. Fadrique de Toledo Osorio, Capitán general de la Armada real y ejército del mar Océano y reino de Portugal, á XXX de Abril. Año 1625, reinando D. Phelippe III.»



landeses rendidos, no tuvo más accidente que el de abrirse las costuras del galeón *San Nicolás*, haciendo agua en cantidad que obligó á sacarle la gente y abandonarlo en la inmediación del Ecuador, poniéndole fuego. Hizo la recalada en Berberia con tiempo duro que le constriñó á embocar el estrecho de Gibraltar y entrarse en Málaga el 24 de Octubre, á los ochenta días de mar.

De los navíos separados, la capitana de Portugal y almiranta de Cuatro Villas, toparon sobre las islas de Cuervo y Flores con otros tres que en un principio supusieron de la compañía, resultando ser holandeses procedentes de Guinea con botín agenciado. La almiranta abordó á una de ellas mientras la capitana de Portugal daba caza á las otras dos, ganando bizarramente la plaza de armas; visto lo cual, emplearon los vencidos un recurso que muchas veces les dió buen resultado; recurso que se trató de desterrar con la severidad de las penas puestas en la Ordenanza de curso de 1621; prendieron fuego bajo cubierta esperando que el temor del incendio hiciera desalojar á los asaltantes, y lo hicieron todos juntos por haber prendido las llamas en la pólvora, volando las dos naves. La capitana, que acudió al lugar del siniestro abandonando la persecución, pudo aún sacar de las olas á 90 hombres de los nuestros, pero con los más perecieron el maestre de campo D. Juan de Orellana, el capitán D. Antonio Lemos y casi todos los oficiales.

La almiranta de Portugal, del número de las dispersas, se estrelló en la isla de Fayal sin sacrificio de vidas; no así el patache *San Forge*, zozobrado en el golfo, á vista de un acompañante, sin que fuera dable el auxilio. La capitana y almiranta de Nápoles, la capitana holandesa apresada y el galeón *San Juan*, formando grupo, llegaron á Cádiz felizmente, no quedando que dar cuenta más que de los dos, *Atalaya* y *San Miguel*, que fueron á Santa Elena y cumplieron la comisión de su destino.

Á la vuelta avistaron un barco enorme enemigo, de no menos de 1.300 toneladas y 60 cañones, muy superior á la fuerza de ambos, que sumaba 40 piezas, y á la altura de los



costados: no obstante, lo aferraron por ambas bandas, haciéndose dueños de la cubierta hasta que el aparato acostumbrado de defensa, el humo denso que empezó á salir por las escotillas intimidó á los soldados españoles, haciéndoles saltar á sus navios, con lo cual se les fué la rica presa, lo mismo que ocurrió en el combate de Van Noort, en la bahía de Manila, años atrás. En la refriega murió el capitán Juan Martínez de Arteaga con cuatro marineros, quedando bastantes heridos, no obstante lo que, llegados á Lisboa, fueron sometidos al Consejo de guerra.

Sigamos ahora la marcha de los navios holandeses desde la bahía de la Traición, en el Brasil. Allá se dividieron en tres grupos; el primero despachado á Holanda con los pertrechos, municiones, efectos de toda especie destinados á la plaza de San Salvador, teniéndola por suya, los hombres dolientes y los que sobaban á las tripulaciones. Este grupo engañó á D. Fadrique en la estimación de la retirada general.

El segundo hizo rumbo al Continente africano, y en 25 de Octubre, un día después de la entrada de nuestro caudillo en Málaga, se presentaban ante el castillo de la Mina 19 velas, batiéndolo por todos lados, en preparación del desembarco que hicieron con un cuerpo de 2.000 infantes.

Don Fernando de Sotomayor, que gobernaba la plaza, contaba con 57 soldados de guarnición, pero tenía cosa que supliera á mayor número, á saber: una buena cantidad de oro en polvo almacenada para embarque, con la que hizo milagros, distribuida entre los reyezuelos y caciques negros de los alrededores con habilidad y desprendimiento. Tuvo en seguida á su disposición unos 900 mozos de empuje, que armó y puso á las órdenes de cabos europeos en lugares elegidos con tan buen tino, que cayendo en celada los invasores, quedaron totalmente desbaratados; muerto el general y los capitanes todos, sin que escaparan del degüello más de 45 soldados. Tomáronse 15 banderas, 15 tambores, más de 1.000 mosquetes, picas, pistolas, mochilas, vestidos, sin sufrir la guarnición europea mayor pérdida de 13 muertos y otros 14



que de los heridos fallecieron posteriormente. Las naves dispararon contra el castillo más de 2.000 balas; pasaron á Angra, y de allí se volvieron á Flandes, teniendo que contar tristezas ¹.

Llegado el tercer grupo al mar de las Antillas, pareció el 25 de Septiembre sobre Puerto Rico con 17 velas gruesas, haciendo además de entrar en la capital como por su casa, por más que no fuera misterio que, después de la invasión inglesa dirigida por el Conde de Cumberland, habían sido atendidas las peticiones de los vecinos, fabricado el castillo del Morro, dotándolo de soldados y artillería, y el fuerte, ó más bien torre del Cañuelo, á la boca del río.

Al punto que se descubrieron las naves sospechosas, don Juan de Haro, gobernador de reciente nombramiento, convocó á la gente de la ciudad y campo, distribuyendo armas y municiones; metió en el castillo las provisiones que se hallaron á mano, bien pocas por cierto; puso en lista á 330 hombres, y descontando ancianos, enfermos y muchachos, aunque todos ayudaron, separó 200 aptos para el servicio militar, enviando una parte de los otros á poner en cobro hacia el interior á las mujeres y niños con lo que pudieran llevar de hacienda. En el Morro se montaron rápidamente seis piezas de calibre de á 12 libras, procedentes del galeón de Larraspuru, que se perdió en la boca del puerto el año 1623: gran auxilio en esta ocasión por haberse advertido que las cureñas del castillo estaban podridas y se deshacían al primer disparo.

Por ello entró la escuadra sin oposición, se apoderó de la torre del Cañuelo, y verificó el desembarco de su gente, plantando al tercer día una batería de seis piezas en la altura del Calvario, buena posición para batir al Morro. Acabadas sus trincheras, no sin pérdida de alguna gente, envió al Gobernador intimación amenazante, y rompió el fuego recibida la respuesta ².

¹ Carta de D. Fernando de Sotomayor, gobernador y castellano del castillo de la Mina de Oro en Guinea, en la qual da cuenta á Su Majestad de la victoria habida contra los olandeses, Ms. Academia de la Historia. Colección de Jesuitas, t. CXLVI, núm. 48.

² Las cartas eran del tenor siguiente:

«Sr. Gobernador don Joan Fare.—Bien puede ver v. md. la razon porque le so-



El 4 de Octubre hicieron salida del castillo 80 hombres en dos pelotones y mataron algunos enemigos, desbaratando sus obras; las avanzaron, sin embargo, de modo que el domingo 5 ponían una pieza en el foso; pero saliendo de nuevo el capitán Juan de Amezqueta con 50 hombres, la desmontó, poniendo fuera de combate mayor número, y recogió muchas armas sin perder un soldado.

Aquella misma noche, la gente del campo, con un cayuco, que es tronco de árbol ahuecado, sorprendió á una lancha cañonera, matando á 25 holandeses que la esquiaban, y con ella rindió otra, retirándose río arriba muy satisfecha de contar con dos embarcaciones propias para operaciones sucesivas. El enemigo envió siete lanchas á rescatar á las primeras con desdichada suerte; desde las orillas, emboscados, les hicieron fuego, obligándoles á retirarse con pérdida considerable.

Sirvieron las apresadas al ataque del fuerte del Cañuelo, reconquistado el 15 de Octubre, con otras dos lanchas que trataron de auxiliarlo, al paso que seguía el fuego de la batería del Calvario, ayudada de la escuadra que se había aproximado al Morro, si bien por poco tiempo, experimentado el efecto de la artillería baja, singularmente en una de las naos, obligada á varar en la playa interior y alijar los efectos, con el fin de reparar los fondos perforados.

mos tan acercados y considerar nuestra intencion, así queremos, yo Boudoyno Henrico, general de esta Armada, en el nombre de los Señorios los Estados Generales y del Ilustrísimo Señor Príncipe de Orange, que v. md. sin hacer alguna excepcion, nos entreguen el Castillo con sus personas en nuestras manos, lo cual haciendo, no dejaremos de venir á buen apuntamiento, y al contrario, no queriendo, sois avisado que de aquí adelante nos hemos resuelto de escusar persona, viejo ni mozo, mujer ni niños, y sobre esto aguardamos su respuesta, y esto en pocas palabras. Estando en la ciudad de Puerto Rico, año 1625.—Boudoyno Henrico.»

Respuesta:

«Visto el papel que v. md. me ha escrito, me espanto que sabiendo que estoy yo aquí, y con trece años de Flandes, donde he visto las bravatas de aquella tierra, y saber lo que son sitios, se me pidan semejantes partidos. Si v. md. quisiere ó pretendiere alguno, ha de ser entregándome los bajeles que están surtos en este puerto, que yo les daré uno, ó los que hubiesen menester para que se retiren, que esta es la orden que tengo de mi Rey y Señor, y no otra. Conque he respondido á su papel. En este Castillo de San Phelipe del Morro á 30 de Setiembre de 1625.—Don Juan de Haro.»



El 21 de Octubre envió el General holandés segundo parlamento, airado con la resistencia tenáz que se le hacia; y, como no surtiera efecto ¹, puso fuego á las casas de la ciudad, ardiendo con ellas la indignación de los propietarios, y el Gobernador sacó provecho, ordenándoles atacaran por el puente simultáneamente con el capitán Amezqueta desde el castillo, haciéndolo por ambos lados con bríos, que no resistieron los enemigos, corriendo atropellados á las embarcaciones.

Fué la retirada á las diez de la mañana del 22, hostigándola los vencedores con tres piezas sacadas del castillo, cuyos disparos destrozaron la popa de la capitana y causaron daño en otras naos inmediatas, aunque no dejaban todas de responder mientras no dieron las velas. Una de las mayores varó á la salida, prolongándose con este motivo la función, por los esfuerzos que hicieron para sacarla y el afán de los de la plaza en ganar aquel trofeo.

Activando el fuego el Gobernador en persona, se incendió el cartucho de un cañón antes de tiempo, haciendo pedazos al artillero, y de las astillas recibió D. Juan de Haro 24 heridas; sin embargo, siguió dirigiendo las operaciones con la satisfacción de apresar la nave, que al fin abandonaron los holandeses, dejando mecha en la pólvora. Los nuestros la

¹ He aquí las cartas:

«Señor Gobernador.—Ya sabe el poder que tenemos sobre esta ciudad de Puerto Rico, la cual estamos no solamente resoltos quemar, pero tambien todo lo que está á el entorno de ella, lo que os queremos avisar, si por ventura queriendo guardar los vecinos de aquel daño, se queria acomodar con nosotros; si es así, mandanos luego con quien habemos de tratar; otramete no dejaremos luego de poner á ejecucion nuestro intento. A 21 de Octubre en Puerto Rico.—Boudoyno Henrico.»

Contestación:

«He visto el papel que se me ha escrito, y si todo el poder que queda en Holanda estuviere hoy en Puerto Rico, lo estimaria en mucho, porque vieran el valor de los españoles. Si quemaren el lugar, valor tienen los vecinos para hacer otras casas, porque les queda la madera en el monte y los materiales en la tierra. Hoy estoy en esta fuerza con la gente que me basta para quemar á toda la suya, y no se me escriban semejantes papeles, porque no responderé á ellos. Esta es la respuesta que doy, y en lo demás hagan lo que les pareciere. Deste Castillo de San Phelipe del Morro, 21 de Octubre de 1625.—Don Juan de Haro.»



cortaron oportunamente, muy contentos de verse dueños de bajel nuevo de 500 toneladas, con tres cubiertas, 30 piezas de artillería, las 24 de hierro y 6 de bronce.

Duró el sitio veintiocho días, en los que el enemigo disparó sobre 4.000 proyectiles, teniendo al final la batería en el foso del castillo, derribada la puerta principal y puente. Murieron de nuestra parte el sargento mayor García de Torres, cuatro artilleros y diez soldados, no siendo muchos tampoco los heridos por la prevención de tenerlos á cubierto. Las bajas del enemigo se calcularon en 400, y en 2.500 los infantes que desembarcaron, aunque, al decir de los prisioneros, no excedían de 1.000.

Saliendo la escuadra maltratada, se corrió al puerto de San Francisco, treinta leguas á sotavento de San Juan, y allí se detuvo algunos, trabajando carpinteros y calafates en aderezarla. El Almirante procuró provisiones, ofreciendo pagarlas en carta dirigida al cabildo de la villa de San Germán. No se las dieron, y ¹ sin ellas se largó.

¹ Se refieren con latitud las operaciones del sitio en diario de testigo de vista de que hay copias manuscritas en la *Colección Navarrete*, t. VI, núm. 3, y en la Academia de la Historia con título de *Relacion de la entrada y cerco del enemigo Boudoyno Henrico, general de la Armada del Principe de Orange en la ciudad de Puerto Rico de las Indias, por el Licenciado Diego de Larrasa, Teniente auditor general que fué de ella*; la insertó D. José Julián de Acosta en sus adiciones á la *Historia de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico por Fr. Inigo Abbad y Lasierra. Nueva edicion*: Puerto Rico, 1866, en folio. Noticia con este motivo que un modesto monumento erigido en el Campo del Morro recuerda á esta generación la gloriosa defensa de la plaza. Pueden utilizarse datos personales contenidos en la *Relacion de servicios del Capitan D. Antoni Joseph de Paredes*. Impresa; Academia de la Historia, *Colección Salazar*, leg. 27, núm. 38.